

## INTERVENCIÓN PRESIDENTE DEL CSIC

75 Aniversario del CSIC

MADRID, 24 DE NOVIEMBRE DE 2014

Majestades,

Ministro de Economía y Competitividad, embajadores

Dignísimas autoridades

Expresidentes del CSIC, Directores de centros

Señoras y señores

Mis primeras palabras no pueden ser sino de agradecimiento por vuestra presencia, Majestades, en el CSIC, organismo al que conocéis bien y cuyos centros de investigación habéis visitado en muchas ocasiones. Quiere la casualidad que esta vuestra primera visita como Reyes sea para presidir este acto en que celebramos los tres cuartos de siglo de existencia del Consejo. La continuidad del apoyo de la Corona a la investigación y el desarrollo científicos en general y al Consejo en particular, del que vuestros padres nos han dado y dan repetidas muestras, representa en sí mismo un mensaje que nos estimula en nuestra tarea y nos ayuda a continuar en ella, desde la fe en nuestra misión y la esperanza en superar las dificultades de estos tiempos.

Quiero también agradecer la presencia en este acto de una representación de residentes y directores de Consejos y Agencias de Investigación de varios países europeos, dando testimonio con ello de la dimensión internacional del CSIC, en la que desde hace ya años se desarrolla nuestro trabajo. Ese ha sido uno de los objetivos que el organismo ha perseguido desde que los primeros años, autárquicos y aislados, dieron paso a una normalidad en la que los vientos de apertura y la pionera globalidad de la ciencia y el conocimiento, marcaron el rumbo a seguir por la investigación de excelencia. Gracias por acompañarnos.

Majestades, fue el pacífico, melancólico y enamorado rey Fernando VI quien promovió la creación de un Real Jardín Botánico que, años después de su inicial instalación en la ribera del Manzanares, se trasladaría al paseo del Prado; hoy esa creación fernandina constituye el instituto más antiguo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en él se sigue publicando, entre otras muchas investigaciones, la obra imprescindible de la *Flora ibérica*. Por cierto que ello es un ejemplo, entre otros, de nuestro papel y nuestros compromisos a largo plazo, en este caso con la botánica mundial, si bien hoy en día incorporando modernas metodologías de filogenética comparada, que implican el procesamiento de ingente cantidad de información, lo que hoy denominamos big data.

El sucesor de Fernando VI, su hermanastro e ilustrado rey Carlos III, aceptó un trato que le ofrecía el naturalista de Guayaquil, don Pedro Franco Dávila y creó a partir de su inmensa colección un Real Gabinete de Historia Natural que acabaría dando origen al actual Museo Nacional de Ciencias Naturales, centro también del CSIC donde, años después, se iniciarían las investigaciones que condujeron a unas excavaciones en Atapuerca, que están removiendo los cimientos de la paleoantropología contemporánea.

A principios del siglo pasado, durante el reinado de Alfonso XIII, se creó la Junta para Ampliación de Estudios, la JAE, cuya primera presidencia recaería en don Santiago Ramón y Cajal; en 1910 la JAE pondría en marcha la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos y algo después la Estación Alpina de Guadarrama, la Misión Biológica de Galicia, los laboratorios de histología, anatomía y fisiología de la Residencia, el laboratorio de Investigaciones Físicas y algunos centros más. Uno de los doctorandos de esos laboratorios de la Residencia sería don Severo Ochoa.

Durante la República se inauguró el Instituto Nacional de Física y Química que se había construido gracias a una generosa subvención de la Rockefeller Foundation, por lo que todavía hoy el edificio de aquí al lado es conocido como “el Rockefeller”.

La JAE construyó, además, otros centros en varias ciudades pero me interesa subrayar, sobre todo, la política que se siguió de pensionar a los jóvenes más

brillantes y vocacionalmente dotados para la ciencia en las mejores universidades de la época.

Hace hoy setenta y cinco años, en noviembre de 1939, apenas terminada la guerra civil, se promulgó la ley que dio a luz al Consejo Superior de Investigaciones Científicas en línea con otras grandes instituciones europeas, dedicadas específica y exclusivamente a la investigación científica. El recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas heredó, dio continuidad y amplió las instalaciones y los fondos de la Junta para Ampliación de Estudios, que se declaraba extinta.

El acto de hoy, solemnizado con la presencia de SS.MM. los Reyes, conmemora solo un eslabón dentro de la cadena de institucionalización de la ciencia española, sucesivamente fernandina, carolina, alfonsina, republicana y franquista, hasta llegar a la de la actual España democrática.

El desarrollo institucional del CSIC en estos últimos años ha sido realmente notable; si he mencionado a los reyes que estuvieron en el origen del proceso y al rey Alfonso XIII bajo el que se creó la JAE, no quiero dejar de mencionar que la primera base antártica española, construida por el CSIC, lleva precisamente el nombre de Rey Juan Carlos I.

Al margen de cualquier consideración sobre la historia y sus avatares, el CSIC forma parte indiscutible y con un protagonismo destacado de la Ciencia española, de sus logros del siglo pasado y de su proyección y futuro en el siglo actual. Nos sentimos, por ello, herederos de una tradición nacida en la Ilustración; nos sentimos continuadores de la obra del primer presidente de la JAE, don Santiago Ramón y Cajal que fue quien utilizó por primera vez en español la expresión “política científica”. El acta cajaliana de bautismo de esta expresión dice así: *La posteridad duradera de las naciones es obra de la ciencia y de sus múltiples aplicaciones al fomento de la vida y de los intereses materiales. De esta indiscutible verdad síguese la obligación inexcusable del Estado de estimular y promover la cultura, desarrollando una política científica, encaminada a generalizar la instrucción y a beneficiar en provecho común todos los talentos útiles y fecundos brotados en el seno de la raza.*

Pues bien, esa política científica que postulaba Cajal ha sido en gran medida protagonizada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y de este comienzo del XXI: la institución incorporó desde el primer momento las nuevas disciplinas científicas a medida que iban surgiendo, como la bioquímica, la biología molecular, la ciencia de materiales o la ciencia y tecnología de alimentos; aquí se aclimataron también las nuevas herramientas de gestión científica, como la investigación por proyectos de I+D, la evaluación por pares (*peer review*) o los mecanismos de financiación que se importaron de Estados Unidos como hacían entonces todos los países europeos; a partir del CSIC se crearon y desarrollaron por gemación otros organismos de investigación y las universidades renovaron la gestión de su cartera de I+D. Esta acelerada evolución del CSIC lo ha convertido en el Organismo de investigación multidisciplinar más importante de España y en la pieza clave del sistema español de Investigación científica y desarrollo tecnológico.

Todo ello fue posible, majestades, porque esta institución fue capaz de crear en momentos muy difíciles, tanto política como económicamente, una carrera profesional de científicos y gestores de la investigación que han mantenido el fuego de la ciencia generación tras generación.

La del Consejo es una historia que puede enseñar logros muy positivos, que ha acompañado al desarrollo del país y que nos ha situado de manera muy honrosa en el escenario internacional. Si el CSIC es el tercer organismo europeo de I+D detrás del Max Planck alemán y el CNRS francés y el séptimo del mundo, si es la entidad española, pública o privada, que produce y registra más patentes, si es responsable el 20% de las publicaciones científicas del país con sólo el 6% de los investigadores, se debe a la profesionalidad, dedicación, compromiso e incluso, patriotismo de sus doce mil trabajadores repartidos por sus 123 centros, investigadores, técnicos y personal de administración y gestión. Ese es su mayor y mejor activo.

Louis Pasteur dejó escritas unas lúcidas reflexiones sobre la naturaleza universal de la ciencia; voy a recordar dos de ellas. La primera dice así: *La ciencia no tiene patria, porque el conocimiento pertenece a la humanidad y es*

*la antorcha que ilumina el mundo. La segunda afirma lo siguiente: Si la ciencia no tiene patria, el científico debe tener una y debe adscribir a ella la influencia que sus obras puedan alcanzar en el mundo.*

En eso estamos, Majestades, en la producción de conocimientos de validez y utilidad universal, pero adscritos a una política científica española ya secular, de la que somos sucesores y herederos. Tenemos claro que el futuro del CSIC se basa en un compromiso decidido con el desarrollo de la sociedad y la solución a sus problemas, y nos aplicamos a ello. La vocación de excelencia de nuestra investigación seguirá corriendo paralela a la de conseguir el mayor y mejor aprovechamiento del conocimiento generado, y para ello reforzaremos nuestra colaboración con el sector productivo, procurando siempre contribuir al desarrollo de nuestro país.

Para terminar quiero referirme a una escultura de Anna Hyatt Huntington instalada en el campus de la Universidad hoy llamada Complutense, concretamente entre las facultades de odontología, farmacia y medicina. Es del año 1955 y se conoce como “los portadores de la antorcha” y representa a un joven jinete que toma la antorcha encendida de una persona mayor desfalleciente y caída en el suelo. El joven jinete representa la continuidad del conocimiento que se trasmite de generación a generación. Ese es el papel que deseamos seguir desempeñando.

Gracias por su atención.